

EL DIVINO VALLES

PERIÓDICO DE MEDICINA ESCLUSIVAMENTE ESPAÑOLA,

POR

D. Mariano Gonzalez de Sámano

REDACTOR ÚNICO.

Se publica en Barcelona, y sale cinco veces al mes. -- **PRECIOS DE SUSCRIPCION:** -- Para la península é islas ayacentes. Por un año, 40 rs. Por medio, 20 rs. -- Para el extranjero: Por un año, 60 rs.; Por medio 30 rs. -- Las suscripciones empezarán á contarse desde primero de año, ó desde primero de Julio, aun cuando se hiciesen en los intermedios de estas épocas, recibiendo los interesados todos los numeros que les correspondiese. -- Los remitidos, francos de porte, sin cuyo indispensable requisito no serán admitidos, se dirigirán a D. Mariano Gonzalez de Sámano, redactor unico, en Barcelona.

Seccion Primera.

LITERATURA MÉDICA.

Articulo editorial.

Por la misma y natural razon, que el médico tiene contraidos dobles deberes para con la sociedad, asi tambien la sociedad los tiene y muy sagrados para con el profesor de las ciencias médicas. (Proposicion tercera).

El anterior articulo, primero de esta proposicion (véase el número 21 de esta segunda serie); deja ya vislumbrar en lontananza, el vivo y verdadero colorido que todos los demas, incluso el que escribimos en este número, habrán de presentar. Segun que en la naturaleza, hay cuadros bien fáciles de trasladarse al lienzo, asi tambien en medicina hay proposiciones generales, las cuales para su sustentacion afirmativa con pruebas plenas, no precisan de talentos privilegiados para consolidarse: por eso el nuestro, podrá llevar á colmo su propósito en esta parte.

En tesis general, bien podriamos pasar desapercibido por muy sabido é indestructible, el primer deber de la sociedad para con el profesor de las ciencias médicas; mas como por desgracia y experiencia propias, hemos llegado á palpar que no siempre la sociedad recuerda estos deberes, al paso que muchas veces cree á los hijos de Epidauro de peor y mas infima condicion; forzoso nos es en conciencia y obligatorio en la posicion que nos hemos voluntariamente colocado, el hacer ver esta verdad, tan palpable cual si fuese un cuerpo material: de esta manera nuestro retrato aparecerá en relieve á fin de que ninguno por mediano inteligente, deja-

se de conocerle y de apreciar su positivo mérito.

Recordad el precedente articulo (n.º 21) y en él encontrareis, todo el alegato bien probado de cuanto nos garantiza relativamente á el primer deber de la sociedad para con nuestra clase; por consiguiente, el objeto que en el de hoy nos debemos proponer y nos hemos propuesto, es el patentizar que el hecho, por desgracia es demasiado cierto: si no tomásemos este camino, facilmente nuestra omision serviria á los detractores de las ciencias médicas para formar su argumento principal.

La generalidad de los facultativos viven en los pueblos pero viven sugetos á condiciones degradantes y leoninas, de modo que, estas mismas son causa las mas veces, de que ni ellos tengan entereza y valor para reclamar de la sociedad los deberes á que son acreedores como ciudadanos, ni que la sociedad se muestre escrupulosa en el cumplimiento de ellos. Vosotros los co-hermanos, que arrastrais una misera existencia ungidos al yugo de una escritura, cuyos pactos y cumplimiento se hallan, las mas veces incompatibles con la soberania de todo ciudadano, responded en nombre del PERIÓDICO DE MEDICINA ESCLUSIVAMENTE ESPAÑOLA y acreditad esta verdad eterna. ¿No es ciertísimo, el que os hallais privados de las mejores y mas placenteras garantias.....? ¿No es positivo que ciertas consideraciones, son para vosotros, una vedada fruta.....? ¿No es incuestionable y aun proverbial, el indiferentismo de todos para con nosotros, indiferentismo que algunas veces raya en desvergüenza.....? ¿No os encontrais en posiciones críticas y degradantes.....? ¿No teneis que sufrir algunas veces y hasta publicamente, humillaciones de género bastardo.....? ¿No se os obliga, para con quien os tiene vilipendiados.....? Pues esa vuestra privacion de las mejores y mas placenteras garantias, esa privacion á que estais condenados de disfrutar

= 2 =

ciertas consideraciones (1); esa indiferencia y aun desvergüenza ante las que, os hallais mas de una vez humillados; esas posiciones criticas y degradantes á que debereis resignaros con tanta paciencia como frecuencia; las humillaciones públicas y bastardas toleradas con tanta resignacion vuestra; y esas obligaciones para con quienes os suelen faltar de frente y en lo mas sagrado; ¿no son las primitivas causas de que en lo general, se os falte á los primeros deberes, á los cuales, como ciudadanos os habeis hecho acreedores? ¿Y porque les habeis perdido? ¿Cual poderosa causa os priva de poderles reclamar? La precision en que os encontrais á vivir humillados, en trueque de un cantero de pan para si propios y para vuestros hijos.

Bien conocemos y se nos alcanzan algunas escepciones de esta regla general, aplicables especialmente á los profesores en las ciudades populosas; mas al mismo tiempo, sabemos que no se nos podrá contradecir que las inducciones no deben deducirse de casos aislados. Por haber partido con igual ligereza Sydehenan, ese célebre práctico llamado por antonomasia el Hipócrates inglés; creyó que la espina cervina era un específico para la curacion de las hidropesias, cuyo error le hizo ver la esperiencia. En este extremo no queremos parecernos á ninguno que dedugese consecuencias de tal naturaleza. Proceder igual daria por resultado un juicio parecido, al que formase un economista que quisiese medir la riqueza individual de los pueblos, partiendo de la que ostentan algunos grandes y potentados. Suficientes ideas surgen de las emitidas para que el entendimiento de nuestros lectores, deduzca de todas ellas, consideraciones de gran peso.

Tampoco somos tan parciales para no confesar que habrá razon para hacer en algunos casos, depender las causas de nosotros mismos, causas de que jamas será indicante el DIVINO VALLES. Mas, la argumentacion de esta naturaleza, ¿desvirtua en lo mas mínimo, el valor de nuestras reflexiones... (2)? Pues si convincentes y plenísimas aparecen las emitidas, mas aparecerán las ulteriores.

(Se continuará).

(1) Los casos que pudieran presentarse en contra, son en su valor muy parecidos al de las millonésimas diluciones homeopáticas. ¿Que importa ni que supone, haya entre quinientos mil profesores, una media docena quienes pudieran contar con la satisfaccion de haber obtenido en tales ó cuales épocas ciertas consideraciones? Además que, los pocos que contamos en la historia de estos hechos, no las debieron á sus cualidades de profesores todos ellos deben agradecerlas á la politica ó á otras causas parecidas.

(2) En estas y otras consideraciones que parten de ellas nos fundamos para persistir sin descanso en clamar por la reorganizacion de la clase, y muy particularmente por un arreglo de partidos médicos quirúrgicos y farmacéuticos. Luego que los pueblos comprendan sus verdaderos intereses y la necesidad que tienen (para disfrutar su beneficio) de so-

Seccion Tercera.

RESEÑA HISTÓRICA

de las principales operaciones quirúrgicas practicadas en los hospitales de campaña, durante los seis años de la última guerra civil (1)

LEIDA

EN LA ACADEMIA DE MEDICINA MILITAR DE CASTILLA LA VIEJA
EL DIA 6 DE DICIEMBRE DE 1852

POR D. SEBASTIAN DE MESA,

vice-consultor médico, gefe facultativo del hospital de Valladolid.

Continuacion á los núms. 23, 24 y 25

A los 20 dias de haber caido prisionero en esta desgraciada jornada el soldado que iba encargado de los botiquines, que fué tambien herido por una bala de fusil en el dedo grueso del pié derecho, pudo escaparse del hospital de Chelva donde estaba, y á duras penas se presentó en el pueblo de Torrente donde nos hallábamos. Tenia una tumefaccion en el dedo grueso del pié, con una úlcera á consecuencia de la contusion referida; existia una caries del último falange, con destruccion de los ligamentos y capsulas articulares; en vista de lo cual acordamos amputarle el dedo grueso, habiéndolo verificado con feliz éxito.

Nombrado despues general en gefe del ejército el digno teniente general, D. Marcelino Oraa, la inteligencia, el valor, la prudencia y los compromisos de tan acreditado gefe, le presentaban en el país y entre los soldados como un salvador y regenerador.

¡Bien se puede decir que este ejército tan valiente y virtuoso, hasta entonces fué de mártires! En marchas largas y penosas, con lluvias y con nieves, mal vestidos y descalzos, con racion ó sin ella, nunca se cometió un robo, nunca se dió una queja de los soldados; siempre fueron valientes y siempre leales: con estas circunstancias, el nuevo general en gefe conoció que todavía podia la patria

meterse á las disposiciones que el gobierno crea mas convenientes á fin de velar por la salud publica, verdadera y positiva riqueza nacional; se darán por muy contentos y satisfechos, segun se hallan con el arreglo de juzgados. Y luego que los profesores entiendan que un código penal ha de ser su ancora de salvacion, deslindando las atribuciones de cada cual, castigando á quienes lo merezcan por faltas de moral médica etc. etc. y concluyendo de una vez con la charlatanería y la intrusion; darán gracias á Dios.

(3) Hay escritos los cuales por su naturaleza forman un solo artículo y cuya lectura deberia ser no interrumpida, tal es uno, el del Dr. Mesa. En su atencion nos apresuramos á concluirlo.

esperar algo de este ejército, y los resultados bien pronto lo manifestaron. La acción de Barbastro mandada por el digno Oraa, y sobre todo la de Chiva, acreditaron bien lo que podía esperarse de este veterano general. En ellas nuestros profesores disputaron el peligro al entusiasmo y ardor de la tropa, y á pesar de 15 horas de fuego, tuvieron que trabajar de noche curando á los heridos.

Sensible me es no poder referir las principales operaciones que se verificaron en el hospital, adonde estos heridos fueron conducidos inmediatamente. D. José Branguli, D. Pedro Carreras y otros ilustres y diestros operadores, tuvieron ocasión de poner en práctica sus acreditados conocimientos, verificando no pocas operaciones de mérito.

Las calamidades que sufrieron los pueblos de Valencia y Aragon, se estendieron por desgracia á la Mancha: el primer batallón de la Reina, que tanto habia sufrido en la desgraciadísima acción de Alegria, cuando estaba en el ejército del Norte, lo mismo que en las Cabrillas, la del Plá de Pou, etc., fué el destinado para pasar á los montes de Toledo, donde Orejita, Jara y otros cabecillas vejaban aquellos pueblos. A últimos de julio de 1837 tuvimos que separarnos de nuestros amigos de infortunios, y no paramos hasta llegar á la villa de Consuegra, punto centrico que eligió el comandante general de la provincia para hospitales, como pueblo fortificado.

Sin recursos, sin ningun empleado que fuese idóneo para cuidar á los enfermos, tuve que establecer el hospital en el convento de S. Francisco: los vecinos prestaron voluntariamente colchones, sábanas, gergones y mantas; el que hacia las veces de contralor y comisario de entradas fué el subteniente D. José Baso; los practicantes tuve que escogerlos de la clase de cabos, é instruirles en la cirugía menor, y los enfermeros eran los convalecientes. No dejó esto de producir grandes ventajas, en cuya virtud y con el ausilio gratuito de D. Sebastian Lozano, médico-cirujano y titular de la villa, y del médico, D. Dionisio Carrascosa, fueron asistidos los enfermos con bastante esmero, y se practicaron grandes operaciones con el mas feliz éxito.

Otro inconveniente habia, y era que el medio batallón que operaba con un escuadrón del segundo de Ligeros, tenia que entrar no pocas veces en acción de guerra sin facultativo; de modo que cuando habia probabilidades de hallar á los enemigos, tenia que salir dejando los enfermos y operados á cargo de los mencionados Profesores.

La narración del servicio sanitario en los seis meses que estuve en la Mancha y montes de Toledo, que comprendiese cuanto acaeció con respecto á los heridos y enfermos, y la de los obstáculos con que tuve que luchar, por ser el único facultativo militar destinado en aquel afligido pais, seria, si me fuese

posible redactarla, una obra estensa, aunque útil para lo venidero. Con repugnancia, sin embargo, tendré que manifestar las escenas tristes que presencié.

Lo que he referido hasta ahora, y lo que me resta que esponer, no lo escribo para que se crea jamás lo tenga yo por mérito, sino para que se vean los grandes servicios que han prestado mis compañeros.

¡Qué de dificultades no se presentaron para curar los heridos y auxiliar á los que caian asfixiados, efecto de los intensos calores en las marchas! ¡Cuántas veces sufríamos una sed devoradora, que producía afecciones de mucha gravedad!

Tuve entonces noticia de la adopción de unas parihuelas cómodas y ligeras, que se habian construido en Vitoria, parecidas á las que yo habia visto cuando estudiaba los primeros años de la facultad, y me hallaba en unas vacaciones en Mahon, donde establecieron los franceses hospitales bien organizados para los heridos que tuvieron en la expedición de Argél, al mando del general Bourmont; tambien se me informó (pero nada de oficio) de la organización de compañías de sanidad, y de los excelentes trabajos que acerca de esto presentaron los doctores, hoy dia dignos gefes del cuerpo. Don Fernando Bartarache y D. Leon Anel. Reclamé cuando menos dos parihuelas, pero no conseguí nada. ¡Si Queraltó, San German, Gimbernat y otros célebres profesores antiguos hubiesen visto estas cosas, concepto bien pobre de los progresos de la medicina militar del siglo XIX hubieran formado!

La primera acción que tuvimos despues de continuas marchas y contramarchas, fué en las inmediaciones de Urda. El primer herido que curé, habia recibido en aquel momento un metrallazo, que le habia destruido una porción de la mandíbula inferior y de las partes blandas, hallándose con una horrible deformidad de la cara. La mandíbula inferior y sus tejidos estaban lisiados, destruido el hueso en astillas, estendiéndose desde el incisivo último del lado derecho hasta su rama, parte del labio y tegumentos, el menton habia desaparecido enteramente. ¿Qué podia hacer en este caso tan grave y de tantas complicaciones? Siempre estaba indicada la resección del fragmento mayor de la mandíbula, y extraer todas las esquirlas; pero esto era muy pesado, espuesto y de resultados poco probables. Tambien era necesario formar un labio y reunir la herida en una grande estension.

Consultado el caso con los profesores de Consuegra, titulares del pueblo, convinimos en hacer la resección de media mandíbula; así es que por medio de una incision, puse al descubierto todo el hueso afecto. El labio solo pude hacerle á espensas de la mejilla, reuniendo la herida por medio de la sutura ensortijada; y para serrar el hueso, me sirvió la

sierra de eslabones. La operacion fué larga y difícil, y se la favoreció con la aplicacion de un vendaje transversal, y compresas graduadas que inclinasen con fuerza los tegumentos hácia adelante. Al sexto dia quité las agujas que unian la herida, y los bordes estaban perfectamente adheridos. Continuadas las curas metódicas por espacio de veinticuatro dias obtuvimos el éxito mas satisfactorio: solo quedó un orificio fistuloso, por el cual salia un poco de saliva.

Otro caso se presentó á los veinte dias, grave y al propio tiempo curioso, que por sus circunstancias voy á referir. En una lucha bastante reñida que tuvo la columna en las cercanías del puerto Lápiche, tuvo que retirarse cediendo á la mayor fuerza; y probablemente hubiese perecido toda la infantería, á no ser auxiliada por la brillante compañía de cazadores del primer batallon infanteria de la Reina. Fué herido un soldado de un balazo en la pierna derecha, y hubo necesidad de ligar la arteria femoral: la bala le atravesó la parte superior de la pierna de delante á atrás, y de fuera á adentro entre la tibia y el hueso peroné; habia perdido mucha sangre, se quejaba siempre de dolores en la parte afecta, y se le notaba esta mas fria, hinchada y entorpecida: á los 10 dias fui llamado para contenerle una hemorragia, habiendo tenido necesidad de aplicarle el torniquete; con este medio se formaron algunos coágulos en la herida, y se suspendió la hemorragia, que le debilitó mucho.

En el tercio superior de la pierna habia un tumor con todos los caracteres propios de un aneurisma; en la parte media de esta eminencia existia la abertura de entrada de la bala, y un poco mas abajo y algo posterior el de salida. Todas estas circunstancias demostraron que la bala habia lisiado algun tronco arterial. El caso era árduo, la vida de este infeliz peligraba, el torniquete no podia resistirle, y las compresiones con vendajes eran impotentes. No sabiamos que arteria era la lisiada: ¿cómo introducíamos el bisturí en el fondo de la herida, tan honda, y entre los huesos los demás instrumentos para practicar la ligadura? Entre la amputacion del miembro y ligar la femoral, nos decidimos por esta. Se hizo una incision regular en la parte media del muslo, cerca del borde interno del músculo sartorio: puse con muy poco trabajo al descubierto la arteria, y la aislé convenientemente de los nervios y vasos que la rodeaban. Conduje un estilete aguja armado de un cordoneté por detrás de la arteria, y en poco tiempo logré ligarla perfectamente, con lo que cesaron los latidos del tumor. La operacion duró cortísimos momentos.

La circulacion se reprodujo por los vasos colaterales: se le administraron los antiespasmódicos, se le prescribió dieta, reposo, y con el auxilio de las curas metódicas, llegó á restablecerse en el espacio de dos meses; y aunque quedó algo cojo, tal vez

con el tiempo se corregirá este defecto. Este caso me ha animado para emprender operaciones iguales en mi práctica civil.

No se crea que aun cuando refiero las principales operaciones que verificaron los Profesores en la campaña pasada, se dejasen llevar del anhelo de operar, que no pocas veces han censurado algunos sin justo motivo. La necesidad solo nos obligó á mutilar un miembro, y á ejecutar otras grandes y arriesgadas operaciones; y siempre hemos dado mas importancia al trabajo intelectual de estas, que al manual.

Tengo muy presente la máxima de uno de mis sabios maestros, quien decia con mucha oportunidad: «El arte de curar, es ante todas cosas el de conservar; y sus triunfos, brillantes hasta cierto punto, tienen siempre alguna cosa de triste y de lúgubre, cuando no llevan por trofeos sino miembros amputados y partes mutiladas.»

Las operaciones de los aneurismas, de que tanto se ha abusado, suministran un bello ejemplo de la utilidad de estos principios; en lo antiguo se les aplicaba la amputacion, que privando á los enfermos de un miembro, les dejaba espuestos todavía á numerosos peligros de muerte.

Los descubrimientos de la circulacion de la sangre, la de ligar las arterias para conseguir la suspension de la salida de este líquido, nos han suministrado medios poderosísimos de tratar los aneurismas: así es, que en este enfermo la ligadura sustituyó á la amputacion del miembro.

En otra accion que dió la columna en Fuente del Fresno tuvimos algunos heridos, y entre estos uno de cabeza por bala de fusil, con fractura de los huesos parietales, que hizo necesaria la trepanacion.

Este individuo, perteneciente á una de las compañías de Francos, fué trasladado aquel mismo dia al hospital de Consuegra: el estado comatoso en que se hallaba y la situacion de la herida me hicieron sospechar con fundamento que habia fractura: ojos cadavéricos, supresion de orina, los miembros sin ningun movimiento, pulso fuerte, etc. Descubrí la herida, y en vista de la fractura y demás sintomas referidos, acordamos la trepanacion: hice una incision en forma de V, que fué suficiente para conocer la estension y el sitio de la fractura, la cual era como de media pulgada, en medio de la sutura sagital; se aplicó la corona del trépano sobre el parietal derecho, y pudo levantarse con facilidad la pieza subintrada, con solo la espátula. Se estragaron tres esquirlas pequeñas clavadas en la dura-mater, se curó la herida con hilas secas, se le dispusieron todos aquellos medicamentos indicados, atendida la naturaleza de su afeccion, y sin embargo cuando se marchó á Ciudad-Real, pueblo de su naturaleza, persistia todavía una semi-parálisis de las estremidades del lado derecho: en la referida ciudad se encargó de su asis-

tencia el acreditado médico, D. Cristóbal Tell, y éste á los dos meses me manifestó, que el herido se hallaba restablecido, pero que tampoco habia podido conseguir remediar el entorpecimiento de las referidas extremidades.

La oscuridad en que nos hallamos acerca de la naturaleza íntima y de ciertas funciones del cerebro y sistema nervioso, nos impiden poder explicar por qué subsistia la parálisis sin embargo de haberse curado muy bien la herida; del mismo modo que no se han podido explicar bien todavía, las verdaderas causas de que las heridas de cabeza determinen con tanta frecuencia abscesos en el hígado, por mas que algunos buenos observadores y acreditados prácticos lo hayan atribuido al trastorno de la circulacion de la sangre, y otros á las afecciones simpáticas de los nervios. A los cuatro meses tuve ocasion de volver á ver en la villa de Miguel Turra al espresado herido, y todavía se quejaba de bastante debilidad en el brazo y pierna.

Concluiré la esposicion de las principales operaciones que practiqué en el referido hospital, refiriendo la reseccion de una costilla. Un soldado perteneciente á la sexta compañía del primer batallon de la reina, recibió una herida contusa en la parte anterior del pecho, y no hizo caso hasta que el roce y la presion del uniforme le produjeron un tumor, que por su gravedad le obligó á ponerse en cura: el dolor, la fluctuacion y el estar el tumor inmediato al cartílago de la segunda costilla, etc., no me dejaron duda de lo conveniente que era el dilatarle, creido de que hallaria una caries. En efecto, practicada una incision, la sonda manifestó que estaba cariada la segunda costilla y dividida totalmente al nivel del centro del tumor, siendo el fragmento esterno de unas dos pulgadas. Se le aplicaron algunos remedios y vendajes compresivos, pero todo fué en vano, y hubo necesidad de hacer la reseccion de la costilla, cortando la extremidad esterna alterada, y cuidando de no lisiar la arteria mamaria. Concluida la operacion, se le aplicaron tiras de parche aglutinante, de diaquilon gomado y el apósito conveniente. La herida siguió un curso rápido, debiéndose á la buena constitucion del sugeto el que no se presentase ninguna de aquellas circunstancias que con tanta frecuencia complican las operaciones, habiéndose curado radicalmente á los cuarenta dias.

¡Cuantos individuos sucumbian no hace mucho tiempo á enfermedades tenidas por incurables, y de las cuales triunfa en el dia la medicina operatoria, salvando con un atrevimiento sabio los dias de los enfermos! Basta que alguno dé el primer paso en un camino, para que bien pronto otros muchos se lancen en él y marchen á pasos de gigante.

Al tener que retirar el hospital de sangre de orden del general Sanz, por haber invadido aquel pais

tropas enemigas al mando de D. Basilio, nos dirigimos á Toledo, donde á los pocos dias el general Flinter sorprendió cerca de dicha ciudad á la faccion de Jara; y como en esta accion gloriosa se hicieron muchos prisioneros, hubo necesidad de curarlos en el hospital provisional que se estableció en Toledo. Entre estos habia un quinto, perteneciente á las filas de D. Carlos, que recibió un balazo en articulacion tibio-calcánea, que tuvimos necesidad de amputar; nada ofreció de particular este caso: el método operatorio que seguí á colgajos, parecido al que usaba Ravaton, se diferencia sin embargo: 1.º en que los colgajos que hice fueron exactamente antero-posteriores; 2.º en que desde el principio hice las dos incisiones verticales, reuniendo en seguida sus extremidades inferiores por cortes horizontales; 3.º en que corté el colgajo anterior mas corto que el posterior, con objeto de obtener una cicatriz, que se situase en la parte media del muñon; 4.º en que el borde inferior de los colgajos, en vez de hacerse en forma de cuadrado, hice que representase una línea convexa, para que facilitase sobremanera la aproximacion y adhesion ulterior. Este método nuevo, recomendado por Larrey, me produjo una buena cicatriz, y lleva indudablemente ventajas á los de mas mérito.

He empleado algunas veces este método operatorio, cuyos pormenores no referiré por no ser demasiado estenso; limitándome á asegurar, que ha ejercido una saludable influencia, no solo en la rapidez de la cicatrizacion, sino tambien en la buena figura del muñon.

El dia 24 de julio de 1838 salimos de Castellon, y el 29 nos hallamos frente á Morella, al mando del general Borso: reunido ya el ejército bajo las órdenes del general en gefe, D. Marcelino Oraa, se ocupó el dia 30 en apoderarse de algunas alturas. En aquel dia tuvimos 200 heridos: hasta el 7 no pudo llegar la artilleria y el convoy de municiones. Para apoderarse de los puntos, con objeto de colocar la artilleria é incomunicar en lo posible á los sitiados, hubo ataques muy reñidos, en los que lució nuestro ejército su decision y valentía. Dueños de ellos, si bien á costa de muchos valientes, se pasaron 3 dias en abrir caminos. La division del general Pardiñas se ocupó en conducir los heridos á la ciudad de Alcañiz.

Se me permitirá haga una corta narracion de las operaciones que verificó nuestro ejército, para manifestar el motivo de haber tenido tantos heridos, y de que prestase el cuerpo de Sanidad grandes servicios en este desgraciado sitio. Ella hará ver que podemos vanagloriarnos tanto como los franceses lo hacen de sus proezas sanitarias en Machta, Constantina, Thelat, etc. Con tanto orgullo como ellos podremos recordar la historia de la Sanidad militar de la última guerra civil, y sobre todo del sitio de

Morella, con tanto como lo hace el profesor Gamma de los hechos gloriosos de la cirugía militar francesa, en los dominios de Africa.

Verdad es que entre los muchos heridos que tuvimos en este sitio, jamás pensamos en ligar la arteria aorta en el vientre, á imitacion de Cooper, ni otras operaciones temerarias; pues nunca hemos espuesto á los enfermos á sufrir una operacion grave, sin presentar probabilidad de un éxito favorable.

Nuestro ejército sitiador necesitaba buenos profesores y escelentes prácticos, á cuya direccion debian estar el número considerable de heridos que tuvimos, en quienes el gobierno, los generales y demas gefes cifrasen sus esperanzas: estos hábiles profesores no faltaron felizmente. Diaz del Castillo, Santucho, Vergara y otros muchos correspondieron á sus esperanzas.

Presentábase Morella bajo todos conceptos como una plaza la mas á propósito para una gloriosa defensa, pues constituyen todas sus avenidas escabrosas y dilatadas cuestas, que parecen hacerla inaccesible, oponiendo tambien ventajas á sus defensores la construccion de las casas en forma de anfiteatro, y hasta la irregularidad y la direccion curva de sus calles. Es magnifico el panorama que desde la cumbre en que está situado el castillo, se divisa en un estensísimo terreno; circunstancia que ofrece la ventaja de descubrir de muy lejos al enemigo, y prepararse á la defensa antes de su aproximacion.

La guarnicion de ejército de D. Carlos era numerosa: el 14 empezó á jugar nuestra artillería contra la plaza; y como careciamos de todos los artículos necesarios para la vida, el General en jefe dispuso dar desde luego el asalto.

Precavido el gefe de Sanidad, D. Gabriel Diaz del Castillo, en este terrible momento se adelantó con otros dignos compañeros hasta muy cerca de la brecha, para que fuesen curados oportunamente aquellos heridos que presentasen roturas de grandes vasos, los cuales, si no son auxiliados al momento, pierden muy en breve la existencia. En medio de aquel gran peligro, se practicaron algunas operaciones importantes. Al citar tan arriesgados servicios, no se puede menos de recordar, que el gran Napoleon regaló al célebre Larrey una espada de honor por haber operado en lo mas recio del combate al general Fugiers; que Anibal reverenciaba á Esculapio y recompensó á Sinulo, médico africano, que curó á Magon su hermano, cuando fué herido en la batalla de Trasimeno; que el mismo Bonaparte, esta gran celebridad, deponia la magnitud de su grandeza y de su poder colosal, en presencia de Dubois, Larrey, Pérey y Desgenettes, que por su saber y valor alentaron y aun salvaron sus ejércitos en muchas ocasiones. ¿Cuántos profesores de sanidad militar del ejército francés, no fueron

condecorados con la cruz y el nombramiento de comandantes de la Legion de honor, elevando á los mas distinguidos á las dignidades de baron, concediéndoles las rentas suficientes para sostenerse con el decoro de su nueva categoría? Léase su testamento, y se verá como apreció este gran capitán al cirujano mayor de su ejército.

La plaza rompió un fuego horroroso de fusilería, disparó muchísimas granadas de mano, y arrojó peñascos, precipitando á nuestros soldados, que habian arribado con las escaleras á la brecha.

En aquel aciago momento tuvimos 25 oficiales heridos y 130 individuos de tropa. El general en jefe intentó otro asalto á los 2 dias. Los soldados que llegaron al muro y empezaron á subir, fueron precipitados y todos rechazados con mucha mas pérdida que en el asalto anterior. El ejército de la Reina tuvo que lamentar en este nuevo asalto la pérdida de tres valientes gefes, cuatro oficiales y cincuenta y cuatro soldados muertos; fueron heridos de bastante gravedad tres gefes, veintidos oficiales y doscientos setenta soldados.

No habia raciones en el campamento: trabajamos dia y noche sin reponer nuestras fuerzas, no oyéndose mas que gritos de dolor, llenos nuestros vestidos de preciosa sangre vertida con un heroismo sin igual. No teniamos local en las dos casas destinadas para tantos heridos.

Convencidos los Generales de que nada podia lograrse, se determinó levantar el sitio el dia 18. Nuestros heridos sufrieron en la marcha lo que no es creible; porque la faccion habia hecho cortaduras en el camino, además de los pasos difíciles que teniamos que atravesar.

Trabajos inmensos pasamos en este desgraciado sitio, sin que nadie, fuera del corto recinto en que nos hallábamos, se acodara de nuestros servicios, superiores á nuestras fuerzas.

Debo empezar á entristecer los corazones sensibles al oír las principales operaciones que tuvimos que practicar, y los muchísimos hericos que tuvimos á nuestro cuidado. Puesto á mi cargo el hospital de sangre, esta circunstancia me proporcionó verificar grandes operaciones.

Las amputaciones, particularmente de las estremidades, fueron las que se ejecutaron en mas número y de las que voy á ocuparme, pues ofrecen un estudio especial, particularmente á los Profesores de ejército.

Al momento que nos apoderamos de la casa que debía servir de hospital de sangre, se nos presentaron muchos heridos, y entre estos un soldado del regimiento de Córdoba, con una herida en la parte media de la pierna izquierda, producida por bala de fusil, con fractura conminuta de los huesos, y mucho destrozo de las partes blandas, que se extendia hasta el pié; con dolor gravativo, temblor y movi-

mientos convulsivos: la bala habia pasado de parte á parte el miembro: entre la herida se hallaban porciones de lienzo, agarradas y fijas con las esquirlas grandes del hueso tibia: sin embargo de la escarcara que presentaban las partes blandas no era esta suficiente para detener la sangre, que hubiera concluido con la existencia de este infeliz si no se le hubiese contenido por momentos.

En vista del destrozo de todos los tejidos, emprendimos la amputacion por el metodo circular en el tercio inferior del muslo, sin haber presentado la mas mínima complicacion. La ventaja de haber practicado en seguida la separacion del miembro, Estará al alcance de esta científica academia; pues si no hubiésemos pasado á este extremo, era indispensable hacer grandes y profundas incisiones, á fin de desbridar convenientemente las partes, para dar salida á las muchas esquirlas y demás cuerpos estraños. No es difícil conceer, que todas estas maniobras eran mas dolorosas y espuestas á los accidentes que sumben los enfermos, que la amputacion. Además las incisiones y todos los demas remedios que nos proporcionaba el arte, no eran suficientes para preservar al enfermo de una intensa inflamacion que terminase por la gangrena, y aun por la muerte.

Otro de los heridos, perteneciente al primer batallon del regimiento infanteria de la Reina, se nos

presentó con fractura complicada de los huesos cúbito y radio, y grande contusion de la mano. Como era ya de noche, las luces malas, y por otra parte el enfermo no ofrecia un peligro inminente, se le aplicó el vendaje de doce cabos de Galeno, sostenido con circulares de vendas; se le colocó el miembro en posicion horizontal y se le fomentó con el acéite comun poniendole una manopla.

Al siguiente dia tuvimos que quitarle el aposito á causa de la intensísima inflamacion, efecto del destrozo que existia en los dos huesos referidos, habiendonos sido imposible estraerle una porcion de paño que habia entrado con la bala y le sujetaba una grande esquirla; además se hallaban en parte los ligamentos capsulares de la articulacion: estos síntomas y los generales nos decidieron á practicar la amputacion en el tercio del antebrazo. Tanto este paciente como el anterior, curaron en muy breves dias.

A pesar del funesto influjo de un sol abrasador, de tantos heridos en un recinto pequeño, y carecer de muchísimas cosas precisas, seguimos el sabio método de nuestro famoso é inmortal cirujano militar Queraltó, evitando descubrir las heridas, sino cuando lo reclamaba la imperiosa necesidad. La experiencia nos ha manifestado las grandes ventajas de no molestar á los enfermos removiendo los apó-

sitos é irritando las heridas. No obstante de haberse distinguido la medicina militar española por este tan ventajoso método, para ponerlo en práctica, no dejan algunas veces los profesores encargados de los heridos, de tener que sufrir algun disgusto. En este mismo sitio no faltó quien dijo al valiente general Borso, que algunos heridos no habian sido curados con la frecuencia debida. Amante como era de sus soldados, me llamó inmediatamente y me dijo: «¿Es posible que haya V. consentido no se hayan curado los heridos de mi division tantos dias hace?» Mi contestacion le dejó enteramente complacido. «No podia esperarse menos, me dijo despues de oirla, de los beneméritos facultativos de Sanidad militar, que con tanto heroismo siguen en sus puestos en estas calamitosas circunstancias.»

El arte quirúrgico, como dice un célebre práctico no puede apoyarse sino en hechos bien averiguados, en observaciones rigurosas y en experimentos bien establecidos. La observacion y la experiencia deben ser consideradas como las únicas bases de la cirujia. La teoria para los cirujanos, no es mas que la práctica convertida en preceptos. Cuando escribimos, sujetamos nuestras memorias á la experiencia clinica, haciendo las convenientes aplicaciones á la práctica.

Un cabo se presentó al segundo dia del sitio, perteneciente al batallon portugués Maria de la Gloria; este habia sido herido tambien por bala de fusil, en el tercio inferior esterno del antebrazo, fracturándole el proyectil el cúbito, y destruyendo cerca de dos pulgadas en su parte huesosa en esquirilas mas ó menos grandes: tanto el radio como los huesos de la mano estaban ilesos. Desde el momento nos convencimos de la necesidad de amputarle, á causa del destrozo referido, y de las consecuencias que desgraciadamente se ven en los heridos de los huesos, cuyas lesiones son tan estensas; pero aunque la amputacion pone fin á los sufrimientos, y salva la vida, que es lo principal, la fealdad que resulta siempre es un triste resultado.

Para salvarle la mano, conseguimos estraerle una porcion del cúbito de mas de tres pulgadas, que estaba, como ya hemes dicho, fracturado con varias esquirilas, que ya no eran parte esencial del órgano sino unos cuerpos estraños, cuya presencia hubiese irritado y producido accidente: de gravedad, impidiendo hasta su estraccion el restablecimiento de la salud.

(Se continuará).

BARCELONA: Imprenta de Agustín Gaspar, plaza de Palacio.—1852.